

EL HISTORIADOR FRENTE A LA CRISIS HISTORIOGRÁFICA. UNA BREVE REFLEXIÓN

✍ Isidro Dubert

Sorprende al joven historiador que se asoma por primera vez al panorama historiográfico nacional o internacional, más que su existencia, la persistencia de una crisis que parece dura ya más de veinte años. Sin duda, pensará asombrado, la crisis más larga en la historia de la Historia.

Esta idea de crisis comienza a gestarse en los primeros años setenta en determinados sectores y ambientes historiográficos, como por ejemplo en *Annales*, cuyos componentes, afectados por la pérdida de los viejos maestros, de su tutela y de su atenta mirada, son incapaces de hacer evolucionar, al tiempo que la investigación, los presupuestos teóricos sobre los que ésta debe sustentarse para, y haciendo gala del más puro pragmatismo, iniciar a partir de esas fechas un verdadero asalto y reparto del poder en las instituciones académicas que orientan y definen la investigación en Francia; de tal modo que una vez instalados proceden sin dificultades a la formación de tendencias, capillas y clanes, desde los que ejercer un férreo mandarínismo cultural¹. Paralelamente al desarrollo de este proceso no dudan en enmascarar la carencia de un auténtico proyecto historiográfico serio, primero, con el *paréntesis braudeliano*, luego con la *nouvelle histoire* y más tarde con la *tournant critique*². En este contexto,

¹ Véase al respecto R. Debray, *Le pouvoir intellectuel en France*, París 1979; F. Dosse, "Les heretiers divises", en AA.VV., *Lire Braudel*, París 1988; T. N. Clark, *Prophets and Patrons*, Cambridge 1987; G. Bourde et alii, *Les écoles historiques*, París 1983; A. Burguiere, "Histoire d'une histoire: la naissance des Annales", en *Annales E. S. C.*, 1979, pp. 1347-1359; J. Fontana, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona 1992, del mismo autor, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona 1982, asimismo pero ya menos elaborado, "Ascenso y decadencia de la Escuela de los Annales", en AA.VV., *Hacia una nueva Historia*, Madrid 1976. También las referencias bibliográficas contenidas en la nota n.º 2.

² Pueden consultarse sobre el tema G. Thuillier et alii, *Les écoles historiques*, París 1990, pp. 25 y ss.; P. Carrad, *Poetics of the New History. French historical discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore 1992; J. Fontana, ops. cit.; J. Le Goff, *La Nueva Historia*, Madrid 1988; M. Moretti, "Parlando di eventi. Un aspetto del dibattito attorno alle Annales del secondo dopo Guerra ad oggi", en *Società e Storia*, 1985, pp. 373-442; F. Furet, "De l'histoire-recit à l'histoire-probleme", en *L'atelier de l'histoire*, París 1972; G. Massicotte, *L'histoire problémé: la methode de L. Febvre*, París 1981; G. Hupper, "Storia e scienze sociali: Bloch, Febvre e le prime Annales", en *Gli instrumenti della ricerca. II. Questioni di metodo*, Firenze 1984; P. Zocchi, "La discussione sulle Annales fino al 1960", en *Revista di Storia della Storiografia Moderna*, 1981, pp. 101-127; T. Stoianovich, *French historical method. The Annales Paradigm*, Ithaca 1976; H. Coutau-Besarie, *Le phenomene Nouvelle Histoire. Strategie et ideologie des nouveaux historiens*, París 1983; F. Dosse, *L'histoire en miettes. Des 'Annales' à la nouvelle histoire*, París 1987; C. Barros, "La nouvelle histoire y sus críticos", *Manuscrits*, Barcelona 1991, pp. 83-111; P. Chaunu en *Historia cuantitativa, historia serial*, México 1987; S. Ceutti, "Pragmatiques et histoire: ce dont les sociologues son capables", *Annales E.S.C.*, 1991, pp. 1437-1447. Además de la producción historiográfica de los miembros de la escuela a lo largo de estos años, en especial los trabajos de D. Roche, J. Delumeau, Ph. Aries, J. Le Goff, G. Duby, etc.

dicha idea gana en solidez y peso en los ochenta, hasta el punto de que convenientemente alimentada y difundida, sobre todo a la vista de la corta vida de las alternativas presentadas: historia narrativa, microhistoria..., ha llegado a arraigar bajo la forma de una auténtica *falsa conciencia* en el seno del pensamiento histórico actual. Cualquiera de nuestros estudiantes sabe que estamos en crisis, al fin y al cabo se le insiste e inculca en las aulas dicha conciencia, sin pararse por un momento a analizar sus causas, su origen, quién o quiénes son sus defensores o lo que pretenden a corto y medio plazo. Simplemente se reitera esta idea, al tiempo que se espera que alguien venga y nos diga cómo y cuándo finalizará. Este hecho ha conducido a que nos preguntemos sobre su realidad, máxime cuando al adoptar una postura mínimamente crítica se aprecia que a su amparo está teniendo o ha tenido lugar en el campo temático y metodológico el retorno de los viejos modos y maneras de hacer historia, en el mejor de los casos, ya que en el peor se asiste a la utilización de esta *conciencia* como una auténtica coartada intelectual que enmascara la vieja política oportunista del *todo vale*.

Con ese pensar crítico habría que decir que más devastadores y preocupantes nos parecen sus efectos a otros niveles, como por ejemplo en la posición y en la relación que la Historia debería de seguir guardando frente a las otras ciencias sociales, ya que esa conciencia de crisis ha conducido a que la mayoría de los historiadores acepten pasivamente, sin resistencias y casi sin contestación, la pérdida de peso específico de la disciplina ante el pretendido empuje de los antropólogos o de los sociólogos, pongamos por caso, para quienes todo lo más nos hemos convertido en una ciencia auxiliar con la exclusiva misión de proveerlos de ordenaciones y de causaciones de datos, a partir de los cuales procederán a contextualizar sus análisis³. Lo realmente sorprendente es que esto suceda ante los ojos de historiadores que han sido formados en los años setenta, al amparo de la científicidad y unicidad del saber histórico, de profesionales que hoy por hoy son incapaces de sostener, de argumentar, la sencilla idea de que la Historia sí ofrece propuestas globales para la comprensión y problematización real del presente a través del conocimiento de sus claves en el pasado. A nuestro juicio se han olvidado los sabios consejos de M. Bloch, L. Febvre, F. Braudel y de tantos otros acerca de la interdisciplinariedad, del bien entendido *imperialismo de la Historia*, de su función social, de su naturaleza crítica..., para aceptar su conversión en un *saber académico*, en un saber cerrado, rebajado a nivel teórico o metodológico, confinado a partir de ahora en el deletéreo campo de la Humanidades. Paradójicamente este proceso está teniendo lugar en el seno de una sociedad plural, diversa,

³ Ejemplos contrapuestos de estas dos posiciones los podemos encontrar explicitados en los ejemplos que nos proporcionan los trabajos de J. Santos Juliá, *Historia Social, sociología histórica*, Madrid 1989; C. Geertz, "Historia y Antropología", *Revista de Occidente*, 1992, pp. 55-75; P. Abrams, *Sociologia Storica*, Bologna 1983; Th. Skocpol, *Visions and method in historical sociology*, Cambridge 1984; J. E. Rodríguez Ibáñez, *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*, Madrid 1992.

dinámica, cambiante, de por sí rica en estímulos para ejercitar y desarrollar el pensamiento histórico; en un contexto nacional e internacional que ya cerca del fin del milenio está conociendo un cambio, una ruptura, con el pasado más inmediato, cuyo resultado más evidente es la urgente e imperiosa necesidad que el historiador tiene de proceder a una reformulación conceptual, a una renovación de su bagaje metodológico, ante la reestructuración que está teniendo lugar en las viejas relaciones existentes entre las variables políticas, económicas, sociales o culturales, que conforman la época que nos ha tocado vivir; una necesidad cuyo objetivo final no es otro que el de continuar con la renovación de las líneas de investigación, de los métodos de trabajo y de los instrumentos con los que proceder a un análisis riguroso del pasado.

La consecuencia de afrontar y entender la Historia de modo crítico no supone por nuestra parte negar el hecho real de estar asistiendo, y viviendo, inmersos en una crisis económico-social o de que existe (¿?), o ha existido, una crisis historiográfica, sino que dicha constatación debe entenderse como la negativa a asumir todos los contenidos y presupuestos ideológicos implícitos en ambas. Dicha negativa nace de la obligación que tenemos de pensar históricamente el presente con el objetivo de hacer más fecunda la forma de afrontar y de conocer el pasado. Por tanto es lógico que nos opongamos a los sencillos, y hasta pedestres, mecanicismos que tienden a equiparar ambas crisis, haciendo en consecuencia depender la historiográfica de la económico-social, oscureciendo así la verdadera complejidad de la relación, la naturaleza interna o el grado de dependencia real de la una sobre la otra, algo acerca de lo cual ya nos hemos pronunciado en anteriores trabajos⁴.

Por todos estos motivos no uniremos nuestras voces a quienes bajo la cobertura filosófica de un rancio hegelianismo proclaman la defunción de la Historia⁵. Tampoco entraremos en el juego de los denominados *pensamientos blandos*, cuya traducción en el plano historiográfico podría ser hoy por hoy la *histoire en miettes*; una debilidad declarada del pensamiento histórico que supone su incapacidad para hacerse con un cierto sentido de globalidad, totalidad y unicidad, o el mero hecho de entender a la Historia como una auténtica ciencia social, y si como el retorno de los viejos fantasmas del pasado, de la intención oculta de volver al antiguo orden historiográfico⁶. También nuestra oposición a este proceso se deriva de la íntima convicción de que contribuir a la difusión de la idea de crisis significa entrar en el complejo juego crea-

⁴ I. Dubert, "La crisis historiográfica como ideología", Comunicación presentada al Congreso Internacional *La Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 7-15 Julio de 1993.

⁵ F. Fukuyama, *El final de la Historia*, Madrid 1992.

⁶ Un claro ejemplo de ello lo tenemos en el trabajo de G. Thuillerd et alii, *Les écoles historiques*, París 1990, pp. 86 y ss, en donde demanda una vuelta a la vieja historia que pasa por la adopción de unas "reglas de prudencia" que convienen, dice, a los artesanos del trabajo histórico, al facilitar además el aprendizaje del oficio de los más jóvenes y conferirles cara al futuro a afrontar una aptitud para hacer proyectos de mayor envergadura.

do por una serie de poderes operativos que, en la sociedad actual, utilizan dicha idea como un recurso que trata de acallar nuestra conciencia y nuestra esencia de historiadores, y como tal, de críticos con el tiempo que nos ha tocado vivir. Es evidente que ni hoy ni nunca ha interesado el ejercicio de la Historia como proyecto social, ni tan siquiera que ésta tenga una función semejante en la época actual, a través de propuestas de análisis del pasado que partan de una problematización real y consciente del presente. Un proyecto éste último que supondría en la mayor parte de las ocasiones, poner en evidencia determinados resortes ideológicos, determinadas operaciones sociales, económicas y políticas, que, con unos objetivos concretos, suponen una manipulación de la realidad, y para cuya legitimación se necesita del papel del historiador, del que se pretende una actuación de mero cronista o de simple hagiógrafo.

En este sentido son clarificadoras las palabras de J. Fontana cuando reflexiona acerca de la actual postergación de los estudios de Historia en los programas de enseñanza, de la Universidad o de su escasa consideración en la sociedad, y sobre la actitud que en estas condiciones asume el Estado en su versión particular de la historia que ofrece a través de "... la difusión directa de los contenidos históricos, asociados a los valores interpretativos deseables, a través de los medios de comunicación -periódicos, radio, cine, y sobre todo, televisión-, manejados directamente o movilizados indirectamente por la cobertura de exposiciones y festejos conmemorativos organizados por el Estado. Estas formas de espectáculo permiten recobrar toda la fascinación que la historia ejerce, a pesar del fracaso de su enseñanza, sobre un público popular, sin inducirle a reflexiones críticas. La credibilidad del mensaje asociado a ellas se refuerza además con el respaldo de autoridades académicas, cuya categoría se establece por el mero hecho de aparecer constantemente en los medios... Bueno será que los destinatarios de este mensaje que, manipulando el pasado, pretende inducirnos a la pasividad y a la confianza en la bondad y sabiduría de nuestros gobernantes... Ante este lavado de cerebro colectivo que significa esta nueva forma de adoctrinamiento... bueno es que quienes seguimos entendiendo que la historia es indispensable como herramienta crítica nos esforcemos por difundir el antídoto del conocimiento..."⁷.

La cita, aunque un poco larga, al mismo tiempo que pone en evidencia lo que se espera de nuestro quehacer en el futuro, apunta cuando menos una primera solución, la cual pasa por establecer una ruptura definitiva con la pasividad y con el acriticismo

⁷ J. Fontana, *Prólogo* al libro de J. R. René-Aymard, *España y la Revolución Francesa*, Barcelona 1989. Al respecto son también enormemente clarificadores, aunque ya a otro nivel, los groseros intentos de manipulación de la Historia de Galicia llevados a cabo en determinados ambientes a la búsqueda de esa legitimación del presente por el pasado. Véase I. Dubert, "Análisis de la producción historiográfica sobre la Crónica de Indias en Galicia durante la Edad Moderna", VV.AA., *Historiografía Gallega*, SEMATA, n° 5, Santiago 1993, pp. 145-159.

que nos atenaza en la actualidad, “virtudes” que se confía todavía que asumamos como propias de aquí en adelante. En este sentido, nosotros, como la mayor parte de los historiadores de los años setenta y de buena parte de los ochenta, hemos sido formados en la idea de que la Historia es una ciencia social porque, entre otras cosas y a riesgo de caer en una simplificación excesiva, estudia los procesos sociales en el pasado; una concepción de ciencia social que se ha gestado a lo largo de los primeros sesenta años del siglo XX, período en el que la Historia ha recibido aportaciones procedentes de distintas tradiciones cognoscitivas y epistemológicas, hasta el punto de hacerse con una tradición constitutiva propia. Atrás hemos dejado por tanto la vieja querrela entre ciencia social y ciencia natural, con lo que ella comporta, la idea de una evolución histórica dirigida u orientada por una ley universal, única, eterna e inmutable, que nos guía en un desarrollo lineal hacia un punto concreto del universo o de un paraíso terrenal todavía por venir, unas determinadas concepciones de progreso, el interés por lo anecdótico, por la mera ordenación y causación de datos, una idea de objetividad extraída a partir del simple análisis factual, o por un determinado y caduco concepto de espacio, tiempo o hecho histórico⁸. Así pues, afrontar el conocimiento del pasado al fin del siglo XX supone cuando menos el haber asumido de una manera tan inevitable como natural los presupuestos historiográficos derivados de la superación de esas polémicas. Esta asimilación marcará, definirá e identificará nuestro trabajo independientemente de la corriente historiográfica en la que hayamos decidido encuadrarnos. Llegados a este punto insistir en la científicidad de la Historia nos parece una cuestión baladí, como también nos lo parece incidir en su función social, en la naturaleza crítica que tan alegremente se le niega o en la imperiosa necesidad de pensar históricamente el momento que nos ha tocado vivir, en el seno de una sociedad plural y avanzada, cuyo desarrollo plantea en cada instante nuevos problemas que exigen un mayor y más completo conocimiento del pasado; un conocimiento, no lo olvidemos, que se enriquece no sólo con el contacto diario del historiador con la realidad, sino también, por ejemplo, en las relaciones que debe establecer con los progresos habidos en otras ciencias merced a la

⁸ Sirvan de ejemplo las referencias contenidas en las obras de P. Pages, *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona 1983; J. Topolski, *Metodología de la Historia*, Madrid 1973; G. J. Whitrow, *El tiempo en la Historia*, Barcelona 1990; N. Elias, *Time: An Essay*, Oxford 1992; F. Fourquet, “Un nouvelle espace-temps”, *Lire Braudel*, París 1988, pp. 74-93; A. M. Hespaña, “L’espace dans l’Ancien Régimen”, *Boletín da Faculdade de Direito da Universidade de Coimbra*, 1983, pp. 3-59; D. Loshack, “Espace et controle sociale”, apud. *Centre, peripherie, territoire*, París 1978; E. P. Thompson, “Espacio y poder”, en *El poder en la sociedad*, Barcelona 1986, pp. 23-55; P. Sereno, “Geografía e storia del paessaggio”, *Studi Storici*, 1985, pp. 469-85; M. Roncayolo, “Histoire et geographie: les fondements d’une complémentarité”, *Annales E.S.C.*, 1989; R. Boyer, “Economie et Histoire: vers de nouvelles alliances”, *Annales E.S.C.*, 1989.

práctica de una interdisciplinariedad efectiva, que promueva la continua redefinición de la Historia frente a las ciencias con las que contacta.

Este es pues el punto de partida desde el que debe procederse al estudio del pasado, lo que significa que, llegado el caso, no debe mostrarse reparo alguno a proceder si fuese necesario a la reconceptualización de los fundamentos epistemológicos o a la reformulación y readecuación de los planteamientos metodológicos que guían nuestra labor dentro de los presupuestos de la escuela que nos define. Se trata con ello de superar y de abandonar de una vez por todas esa nefasta conciencia de crisis que ha venido marcando el desarrollo del pensamiento histórico a lo largo de estos últimos veinte años. Para ello creemos sinceramente que deben dejarse a un lado, y de manera definitiva, esos intentos por convertir a la Historia en una forma novelada de entretenimiento sin más, en algo que deba ponerse al servicio del poder, el cual espera ansioso su legitimación de un quehacer que busque en el pasado paralelismos con situaciones políticas, económicas o sociales actuales, y que confía en ser capaz de relegar a un segundo plano, cuando no de acallar, la evidencia de la mutación o de la continuidad habida en los viejos comportamientos. Así como también debe abandonarse la producción de trabajos que vayan más allá de una divulgación científica de calidad, atractiva y formativa para el gran público, sobre todo cuando su objetivo no es tanto el de divulgar como el de tratar de satisfacer una curiosidad acrítica que promueve la pasividad ante el presente, con obras que cubren una demanda que oculta el insano deseo de contribuir a que los lectores se vean identificados en el pasado, de que sientan que sus historias individuales, las más de las veces anónimas, anecdóticas y eventuales, serán recogidas y hasta de particular interés para la sociedad en el futuro, las cuales además son abordadas desde presupuestos teóricos y desde perspectivas metodológicas que nada aportan⁹.

⁹ Acerca de la pasividad, del acriticismo, de la identificación o de la fetichización del conocimiento en las sociedades actuales puede verse F. Jesi, *La cultura de derechas*, Barcelona 1989, pp. 111 y ss., quien refiriéndose a estos y a semejantes productos afirma que sus lectores "... están persuadidos de que ser conocidos por aquel conocimiento significa entender una página escrita o un discurso y que sufrir pasivamente esa placentera hipnosis es todo lo que debe hacer el cerebro de una persona sensible y honesta...", (la cursiva es nuestra), pp. 116. Pueden consultarse también al respecto L. Stone, "The revival of narrative: reflections on a new old History", *Past and Present*, 1979; E. Hobwsband, "The revival of narrative: some comments", *Past and Present*, 1980; I. Dubert, "El retorno de la historia Narrativa", en *Concepción Arenal. Ciencias y Humanidades*, 1985; J. C. Bermejo, "La Historia, entre la razón y la retórica", en *Hispania*, 1990; J. Topolski, "Historical narrative: towards a coherent structure", en AA.VV., *The representation on Historical Events. History and theory*, Beiheft 1987; R. Björk, "How to narrate a Structure or how to structure Narrative", *Storia della Storiografia*, n° 10, 1986; Ch. O. Carbonell, "Histoire narrative et histoire structurelle dans l'historiographie positive du XIXe siècle", *Storia della Storiografia*, 1986, n° 10; F. Ferrarotti, *La Historia y lo cotidiano*, Buenos Aires 1990.

Sin embargo es innegable que después 1971-73 se ha abierto una brecha en el saber histórico, una ruptura que atiende a los elementos que se explican, por un lado, a través de la dinámica y de las controversias internas que han venido animando a la Historia como ciencia antes y después de esa fecha, y, por otro, a la relación dialéctica que dicha dinámica guarda con los acontecimientos de naturaleza política, social, económica o cultural de estos últimos veinte años. De tales elementos nos hemos ocupado en anteriores ocasiones¹⁰, y a ellos nos vemos obligados a acudir para comprender no sólo la evolución seguida por la producción histórica a lo largo de este último veintenio del siglo, sino también las transformaciones que a distintos niveles se han apreciado tanto en el contexto peninsular como europeo. Así por ejemplo, tal y como nos anticipaba J. Fontana, en el plano académico esa crisis historiográfica inicial -luego transformada en falsa conciencia, en ideología-, ha permitido la acentuación del mandarínismo cultural, traducido en la búsqueda de un rápido prestigio social, no tanto sobre la base de un trabajo de investigación o de divulgación serio, responsable y de calidad, cuanto por una labor de mercado, por un verdadero asalto y control de ciertas parcelas de los medios de comunicación con el objetivo de que convenientemente cultivadas contribuyan a la sacralización y engrandecimiento personal e intelectual de determinados individuos, a su conversión en auténticas *vacas sagradas*, por el mero hecho de haber conseguido ser asiduos de dichos medios, sin otro elemento que los respalde y, lo que a nuestro juicio es más grave, sin aprovecharse de su posición para inducir a una reflexión crítica entre su público y sí contribuir en cambio al fomento del conformismo y de la apatía intelectual. También en los recortes presupuestarios que conoce la Universidad y los institutos de investigación o en el papel de *saber académico* y el lugar asignado a la historia en los planes de estudio se aprecia con claridad el impacto derivado del hecho de que hayamos asumido los contenidos ideológicos implícitos en dicha conciencia de crisis. Una conciencia que, llevada o relacionada con los distintos planos de la realidad socioeconómica o mental, se traduce en la pasividad y en la impotencia con la que hemos decidido asistir al final del milenio, más como espectadores que como actores de fenómenos, de procesos, que, pensados histórica y críticamente, deben contribuir no sólo a esa renovación de los contenidos epistemológicos y metodológicos con los que proceder al análisis del pasado, sino también a poner en evidencia las contradicciones y paradojas que nos permitan cuando menos comprender e interpretar el presente. Por ejemplo, en el terreno demográfico-social, el impacto y las consecuencias del fenómeno migratorio, la caída de la natalidad o el envejecimiento de la población; en el campo socioeconómico, la desre-

¹⁰ I. Dubert, op. cit.

gulación de los mercados de trabajo, la incorporación de nuevas fórmulas y de nuevas técnicas al proceso productivo, la desaparición o la reconversión de los sectores económicos tradicionales o la aparición del paro como fenómeno estructural; a nivel político, el fin de la guerra fría, el fracaso del llamado *socialismo real*, la aparición de los nacionalismos o el auge del neofascismo; mientras que en el ámbito cultural la desmaterialización del estructuralismo o del marxismo en *pensamientos débiles*, al amparo y en estrecha relación con las situaciones anteriormente citadas y de la agresividad del pensamiento neoconservador. En línea con ello habría que considerar también la consagración del relativismo cultural o los cantos de sirenas que anuncian el fin de las ideologías¹¹.

Es evidente que ante estas nuevas condiciones económicas, sociales o políticas, carecería de toda lógica enfrentarse al conocimiento histórico sin advertir que los viejos conceptos de clase social, resistencia, cultura, emigración, represión, lucha, ideología, reproducción..., adquieren hoy una complejidad tal que necesariamente debe traducirse en un enriquecimiento del bagaje teórico y metodológico con el que acercarnos al pasado, en el cual será posible comenzar a apreciar o a valorar matices y procesos hasta ahora desconocidos o no tomados en consideración por parecer poco importantes. No ha de extrañar entonces que contra el estado del panorama historiográfico actual se comiencen a alzar voces que exigen, que urgen, la necesidad de una reflexión. Una retirada de la historia a sus cuarteles de invierno interpretada por un amplio sector de los historiadores como una fase de clarificación sin más, mientras que otro sector no dejará de insistir en que al mismo tiempo que este proceso tiene lugar se paralice incluso la investigación, criticando abiertamente todo intento que trate de llevarse a cabo en este terreno¹². De prevalecer esta última postura, corremos el peligro de dar un salto atrás en el tiempo de casi ochenta años, al aceptar las demandas de un tipo de reflexión que no puede evitar el recordarnos a la vieja y caduca Filosofía de la Historia, ¡¡cómo si nada hubiese sucedido desde los primeros años del siglo XX!! Son estos autores que olvidan, por comodidad o por falta de perspectiva, que

¹¹ Sirvan de ejemplo y orientación los trabajos de G. Arrighi, "Towards a theory of capitalism crisis", *New Left Review*, 111, Sep-Oct, 1978; C. Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid 1988; M. Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Madrid 1979; R. E. Dowse, *Sociología Política*, Madrid 1985; J. Foreman-Peck, *A history of the world economy: International Economic Relations since 1850*; W. W. Rostow, *La economía mundial*, Barcelona 1983; T. Negri, *Fin de siglo*, Barcelona 1992; VV.AA., "Le structuralisme a-t-il une histoire?", *Le Débat*, 1993, nº 73; J. J. Sebreli, *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Barcelona 1992.

¹² Posturas enfrentadas que pueden encontrarse expresadas, por poner algunos ejemplos ya mencionados, en los trabajos de F. Dosse, op. cit.; H. Coutau-Besarie, op. cit.; G. Thuillier et alii, op. cit.; J. Bermejo, *El final de la Historia*, Madrid 1987; J. Casanova, *La Historia Social y los historiadores*, Barcelona 1991; J. Fontana, op. cit.

sólo se llega a una verdadera reflexión histórica o historiográfica gracias a la práctica de una incesante tarea investigadora, sobre la base de presupuestos que tomen en consideración tanto una problematización real del presente como la interdisciplinariedad, y a la cual, por ejemplo, los partidarios de la historiografía tradicional o de la historia narrativa, pongamos por caso, hacen responsable de la disolución de la Historia, ya que, al fin y al cabo, dicen, su práctica ha supuesto una transgresión, una violación, de la intimidad de las otras ciencias sociales, causa real a medio plazo de las desgracias que asolan hoy al panorama historiográfico. Es este un planteamiento que demuestra su manifiesta incapacidad para *historizar* las aportaciones procedentes de otras disciplinas: de la Economía, la Sociología, la Antropología..., y más aun para mantener en ese proceso intacta la identidad de la Historia. Esto es lo que nos explica además que hayan caído en un auténtico proceso de *fetichización* del conocimiento histórico, con lo que nos están indicando que la crisis, *su crisis*, nace en realidad de la incompreensión de los cambios operados en la *ecología del saber*¹³, de su incapacidad para pensar históricamente el presente, y con ello de repensar, de redefinir, de construir y de hacer avanzar a cada momento a la Historia como ciencia social, combinando reflexión teórica y praxis investigadora al objeto de dotarla de nuevos conceptos o de nuevos métodos con los que afrontar y enriquecer aun más su estudio, al compás de los nuevos tiempos. Algo a lo que, no cabe dudarlo, contribuirá también decisivamente la consideración de su función social, de su naturaleza crítica o de su carácter de problema.

En suma, aproximadamente desde 1973 asistimos en el mundo contemporáneo a una ruptura con el pasado más inmediato. Esta fractura nos permite asistir a la constitución y a la definición de una nueva realidad en el seno de un proceso histórico concreto, la cual se estructura a partir de una vertiginosa evolución e incardinación de acontecimientos. Tenemos así ante nosotros una realidad rica, cambiante, diversa, cuyas claves residen en un sustrato histórico que debe abordarse con nuevas fórmulas analíticas y teóricas; una exigencia que, la Historia en general y los historiadores en particular, estamos en condiciones de afrontar, aun partiendo de distintas tradiciones historiográficas cuyo nexo son las características generales a las que se ha venido haciendo reiterada mención en las páginas anteriores. Abandonamos así esa falsa conciencia de crisis, una crisis que, en el mejor de los casos, responde a una mutación profunda en la historia de estos últimos años, durante la cual es natural que afloren las lógicas dificultades que para expresarse tiene lo nuevo, de la misma forma que salen a la luz las resistencias de lo viejo a perder sus antiguas posiciones o a afrontar una auténtica y definitiva redefinición de sus

¹³ C. Geertz, op. cit.

modos y maneras de hacer historia. Es este un proceso de cambio que los partidarios de la tradición historiográfica definen con razón como crítico, -al tiempo que no dudan en proponer soluciones que pasan por una vuelta a las antiguas posiciones-, y durante el cual tiene lugar la actividad de aquellos que ensayan nuevas vías de aproximación al pasado partiendo para ello de una serie de presupuestos comunes a individuos formados en distintas escuelas. Asistimos así al nacimiento de brotes nuevos en el viejo tronco de la Historia que se expresan, las más de las veces, a través de avances sectoriales en campos tan dispares como la Historia Política, la Historia Económica, la Demografía Histórica o la Historia Social, lo que no debe conducirnos a pensar en el *desmigajamiento*, en la pérdida de identidad, de sentido global, a la hora de plantear y de afrontar la investigación o en la conversión de la disciplina en un saber compartimentado en distintas ramas especializadas, de naturaleza más o menos técnica¹⁴.

En este sentido, y sin perder la visión de conjunto a la que estamos obligados como historiadores, es fácil apreciar estos resultados sectoriales, por ejemplo, al haberse ampliado las miras de la Historia Social desde sus imprecisos e indeterminados límites de los años setenta, hasta haber conseguido desarrollar líneas de investigación que a la altura de los noventa poseen incluso una tradición historiográfica específica en campos temáticos tan variados como la protoindustrialización, el movimiento obrero, la criminalidad o la familia... Piénsese también en el nuevo rumbo seguido por la Demografía Histórica merced a la aplicación de métodos que han supuesto para ella un auténtico reto, al abandonar de una vez por todas la repetición formal, y hasta la saciedad, de la estructura interna, de la metodología y hasta de los pasos a dar en la forma de ofrecer los resultados al lector, de tal o de cual escuela, para integrar nuevos elementos que le permitan abordar aspectos tan relevantes, como por ejemplo, la reproducción social de las poblaciones humanas en el pasado a partir de una reelaboración y de una nueva interpretación de los tradicionales indicadores demográficos - edad de matrimonio, soltería definitiva, períodos intergenésicos...-, los cuales hasta no hace mucho han sido utilizados como datos factuales, como datos positivos, más que como partes de un análisis más ambicioso de la realidad demográfica. Asimismo podría traerse a colación la evolución seguida por la clásica Historia de las Mentalidades desde temas tan repetidos como el estudio de los comportamientos religiosos o de la actitud ante la muerte, sin otra aportación que sus resultados respecto al número de misas, al tipo de hábito o de sepultura, hasta propuestas tan interesantes como la cultura popular, la alfabetización o las vías seguidas para la imposición de determinados patrones ideológicos o intelectuales al conjunto de la sociedad. También en el campo

¹⁴ J. C. Bermejo, "Ciencia e Historia", *Grial*, 30, 1992, pp. 493.

de la Historia Política se asiste a esta transformación en el denodado interés mostrado por las estrategias de poder o por el abandono en el terreno de las relaciones internacionales de la sucesión de batallas, reyes y tratados, por el *impacto de la guerra*, por ejemplo, más integrador, más ambicioso y global, en la medida en que se sitúa en su justo lugar en el desarrollo de los complejos procesos históricos.

A todo esto se llega, entre otras cosas, gracias a la interdisciplinariedad, cuya imperiosa necesidad no debe conducirnos a caer en el tan traído y llevado *eclecticismo académico*. Un movimiento que ha buscado inspirarse en los presupuestos que animaron a la historiografía alemana de postguerra¹⁵, y cuyos partidarios tratan de presentar, paradójicamente, a la Historia como ciencia social al tiempo que liberada de cualquier carga epistemológica. Esta contradicción se resuelve en la práctica al quedar reducida al mero conocimiento de técnicas de investigación, de métodos procedentes de distintos sectores o escuelas, lo que desemboca en una consideración de la historia que la reduce, siempre en el mejor de los casos, a ser una sucesión de paradigmas historiográficos en el tiempo, mientras que, en el peor, a ser un *punto de encuentro común*, en la mayor parte de las ocasiones lejos ya de cualquier viso de cientificidad¹⁶. Es comprensible entonces que sus partidarios aboguen por la adopción de la técnica que mejor resuelva el problema al que tienen que enfrentarse. Por este motivo, no resultará llamativo que el conocimiento del pasado se afronte de manera indiferente mediante la narración, el análisis cuantitativo o factual. Sin embargo, estas formulaciones coinciden, curiosamente y en el momento que nos ha tocado vivir, con la aparición y la afirmación del llamado posmodernismo en el panorama cultural europeo, con una fase de estancamiento en el seno de la recesión económica o con la redefinición de las tradicionales relaciones sociales, en sentido amplio. No ha de extrañar entonces que algunas formulaciones del eclecticismo recuerden a las de aquellos neokantianos de Baden o a las de los weberianos de principios de siglo en su forma de

¹⁵ G. Iggers, *The german conception of history*, Middeltonw, 1983; J. Casanova, op. cit., pp. 76 y ss.; G. Eley, "Memories of under-development: Social History in Germany", en *Social History*, 1977; J. J. Carreras, "El historicismo alemán", *Estudios sobre la Historia de España*, U.I.M.P., Madrid 1981, t. 2

¹⁶ Véase al respecto el interesante trabajo de F. J. Bouza, donde nos informa acerca de la naturaleza de este movimiento, al decir que los partidarios del eclecticismo "... no dudan en recurrir a todos aquellos modelos y teorías de las que (les) sea posible servirse...". Un eclecticismo que el propio Bouza califica de "... clara mediación historiográfica, es decir, utilizan un bagaje conceptual que es el resultado final de la adaptación a sus necesidades de postulados metodológicos de origen muy diverso. Por ejemplo, las tradiciones que nacen de Max Weber y de Karl Marx pueden llegar a ser conciliadas en la práctica, tomando del weberianismo la elaboración teórico-metodológica y empírica y aceptando del marxismo, valga de ejemplo, las nociones de coyuntura y los ciclos de Kondratieff...". (!;?;) (el subrayado es nuestro); F. J. Bouza Alvarez, "Reverenter absolvit. Nadie ha inventado la Historia", *Manuscripts*, 1990, pp. 93 y ss; W. L. Bernecker, "La historiografía alemana reciente", en *Historia Contemporanea*, 1991.

concebir y enfocar la Historia, lo que a su vez nos explica que así entendida se ponga en el camino del *desmigajamiento*, de la pérdida de identidad, de reabrir viejas polémicas sin sentido en la actualidad, como por ejemplo la pretensión de volver a diferenciar entre ciencias nomotéticas y ciencias ideográficas, de intentar promover nuevas ortodoxias temáticas e incluso de postular su definitiva capitulación ante la Antropología, la Sociología o cualquier otra ciencia social¹⁷. En cualquier caso, tanto el eclecticismo como sus partidarios vuelven a hacer gala de este modo de una incapacidad total y manifiesta para *historizar*, en el sentido más *braudeliano* del término, las aportaciones procedentes de otras áreas del saber, algo que ya de por sí los descalifica en sus pretensiones de adecuarse al progreso de la historia en el seno de las sociedades avanzadas. Aún así todavía es posible escuchar las voces de quienes aceptan una capitulación tan lamentable, la cual, no nos engañemos, no conduce al futuro sino directamente al pasado.

Retornar al viejo orden, a la vieja historia. Una vuelta atrás aplaudida por los representantes de la historiografía tradicional en su ingenua creencia de que la erudición servirá para poner fin a un desorden que dura ya más de un siglo. Una vuelta al pasado que se recubre de nuevos ropajes a través del eclecticismo, de lo narrativo, de los consejos en la limitación en el empleo de modelos analíticos... , tras los cuales se oculta una reacción contra el método, la cuantificación, la interdisciplinariedad, la función social de la historia, su naturaleza crítica o las ansias de llevar adelante su práctica como proyecto social. Una vuelta al pasado que no deseamos, por lo que nos oponemos al subjetivismo de ciertos pretendidos análisis históricos, al cambio de que y de quien debe ser el objeto central de la Historia, a reafirmar el papel del individuo en su lucha contra la Naturaleza, al interés por lo no esencial en el desarrollo del proceso histórico, es decir, por sus costumbres, por sus anhelos personales, por su sexo o por su género, al menos tal y como lo proponen los partidarios de esa vuelta atrás, para quienes los elementos citados ni siquiera son considerados como manifestaciones de la dialéctica esencial inherente a la evolución de dichos procesos históricos en el espacio y en el tiempo, sino más bien como la Historia misma. En otras palabras, la importancia real de lo cotidiano, de la infancia o de la vejez, pongamos por caso, en el seno de la Historia se descontextualiza al convertirlos en el eje central y determinante

¹⁷ Sobre los aspectos mencionados en el texto pueden consultarse G. G. Iggers, *New directions in European historiography*, London 1984; R. Fletcher, "History from below comes to Germany: the new history movement in the Federal Republic Germany", en *Journal of Modern History*, 1988; W. J. Mommsen, "Between revisionism and Neohistoricism. Recent trends in West-Germany Historiography", *Storia della Storiografia*, 1987, pp. 104-122; C. Lipp, "Writing History as Political Culture. Social History versus 'Alltagsgeschichte'. A German debate", *Storia della Storiografia*, 1990; J. Kocka, *Historia Social*. Barcelona 1989.

del acontecer histórico. Aceptar este hecho, el desplazamiento de la auténtica centralidad que corresponde a los fenómenos económicos, sociales, políticos o culturales, entendidos en sentido amplio, hacia aspectos tales como las categorías biológicas o sexuales expresadas en el interés mostrado por los jóvenes, los viejos o las mujeres, supondría aceptar que cualquier transformación, cualquier revolución o cambio en el seno de un proceso histórico vendría determinado en última instancia por las variaciones que en las distintas sociedades se operen en la actitud que muestren hacia ellas. Un planteamiento falaz, que les otorgaría una posición y un poder del que en buena lógica carecen, pero que convenientemente utilizado de la manera ya explicada sirve para satisfacer los deseos de identificación del anónimo lector con los “protagonistas” del pasado, motivo por el que no extrañará la sustitución del análisis por la narración, las continuas y forzadas semejanzas pretendidas con el presente o la recreación de ese pasado sin más objetivo aparente que la misma recreación, pero tras la que se oculta la difusión del conformismo, la pasividad, la carencia de reflexiones críticas..., que a su vez explican, en el seno de un contexto general más amplio y complejo, la desvalorización de la Historia en la sociedad actual, su marginación en los planes de estudio, la postergación a un segundo o tercer plano en la financiación de los proyectos de investigación, etc.

Para luchar contra esta consideración, que va implícita en esa falsa conciencia de crisis, debemos afrontar el estudio del pasado partiendo de los presupuestos comunes a historiadores formados en distintas escuelas historiográficas, expresados por ejemplo en la mencionada superación de una evolución histórica dirigida u orientada por una ley universal, ciertas concepciones de progreso, el interés por lo anecdótico, por la mera ordenación y causación de datos, una idea de objetividad extraída a partir del mero análisis factual..., los cuales en mayor o en menor medida han contribuido al desarrollo de la Historia como ciencia social a lo largo del presente siglo. De este modo, en el futuro debe conseguirse un desarrollo armónico, un equilibrio, entre la urgente necesidad de reflexión teórica en el seno de una sociedad plural y la imperiosa necesidad de una práctica histórica que nos proporcione las claves necesarias para su correcta comprensión. En consonancia con ello a nadie extrañará que defendamos que la Historia posea su propia tradición epistemológica y metodológica, cuyo sustrato teórico-práctico se expresa en los diferentes pasos dados por la investigación en el contexto histórico-social, en sentido amplio, que nos ha tocado vivir¹⁸. Sin estos pasos no se llegará jamás a un conocimiento objetivo del pasado; un objetivismo que deriva

¹⁸ Y lógicamente dentro de los naturales límites del conocimiento humano, J. C. Bermejo, “Ensayo sobre los límites del conocimiento humano”, *Historia y Crítica*, 1992.

del lógico intersubjetivismo que aparece cuando el conocimiento histórico de un mismo proceso es afrontado por individuos formados en distintas, y hasta enfrentadas, tradiciones¹⁹. Dicho conocimiento a estas alturas del siglo XX ha demostrado ser gradual y renovable en el tiempo, lo que llevado al plano de la Historia implica, y simplificando en exceso, no caer en el relativismo extremo, sino más bien y desde una perspectiva global e integradora el hecho de aceptar con naturalidad que el grado de observación del pasado alcanzado en un momento concreto será completado con nuevos aspectos, con nuevas facetas y elementos, por los investigadores del mañana, quienes añadirán a nuestro objeto de conocimiento aquello que nosotros no supimos o no pudimos captar²⁰. En suma, se trata de dejar atrás la vieja idea de que el conocimiento histórico es algo que posee un carácter intemporal y acabado, para, y en consonancia con los tiempos, verlo como algo abierto, como una realidad construida, lo que a su vez exige entender a la Historia como una ciencia social que necesita para desarrollarse y afirmarse como tal de un cierto grado de interdisciplinaridad, merced al cual se redefine continuamente, de ahí la conveniencia de tener presente su naturaleza crítica, su función social, su carácter de saber gradual y renovable... Peculiaridades a las que ya hemos hecho mención a lo largo de esta reflexión, que esperamos contribuya a fomentar el abandono de la pasividad, del conformismo, a la recuperación del terreno perdido en todos los campos, no en vano, parafraseando a los clásicos y sin ánimo de establecer paralelismos de ningún tipo, son tiempos de lucha, son tiempos de combates por la Historia.

¹⁹ Algo que es expresado por pensadores de tradiciones cognoscitivas tan diferentes como K. R. Popper y A. Schaff, al decir el primero que "... la ciencia y la objetividad científica no resultan... de los esfuerzos de ciencia de un hombre individual por ser *objetivo*, sino de la cooperación de muchos hombres de ciencia. Puede definirse la objetividad científica como la intersubjetividad del método científico...", mientras que el segundo insiste en la misma dirección desde otro punto de vista "... cuando se comprende el conocimiento histórico como proceso y superación, las verdades históricas como verdades aditivas, acumulativas, se comprende la razón de esta constante reinterpretación de la Historia, de la variabilidad que en vez de negar la objetividad histórica por el contrario la afirma...", respectivamente K. R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona 1975, t. II, pp. 386, A. Schaff, *Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*, México 1974, pp. 333 y ss.

²⁰ Véanse al respecto los contenidos de la nota anterior. Sobre el relativismo extremo pueden verse las posiciones sostenidas por P. Feyerabend, *Tratado contra el método*, Madrid 1982.